

Fleur Jaeggy

PROLETERKA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FLEUR JAEGGY
PROLETERKA

Traducción de M.^a Ángeles Cabré

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Proleterka*

1.^a edición: febrero de 2010

2.^a edición: diciembre de 2016

1.^a edición en esta presentación: julio de 2025

© 2001 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milano

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción: M.^a Ángeles Cabré Castells, 2004 y 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-646-3

Depósito legal: B. 10.585-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Han pasado muchos años y esta mañana siento un deseo repentino: quisiera tener las cenizas de mi padre.

Después de la incineración, me enviaron un pequeño objeto que había resistido al fuego. Un clavo. Lo devolvieron intacto. Me pregunté entonces si realmente lo habían metido en el bolsillo del traje. Debe arder con Johannes, les dije a los empleados del crematorio. No tenían que haberlo sacado del bolsillo. En las manos se habría visto demasiado. Hoy me gustaría tener sus cenizas. Será una urna igual que tantas otras con el nombre grabado en una chapa. Un poco como las placas de los soldados. Entonces, ¿por qué hasta ahora no se me había ocurrido pedir las cenizas?

En aquella época no pensaba en los muertos. Estos tardan en salir al encuentro de uno. Lllaman

cuando notan que nos hemos convertido en presas y es hora de ir de caza. Cuando Johannes murió, no pensé que había muerto de verdad. Participé en las exequias. Nada más. Después de la ceremonia fúnebre me marché enseguida. Era un día azul, todo se había acabado. La señorita Gerda se ocupó de cada detalle. Le estoy agradecida por ello. Me pidió hora en la peluquería. Me consiguió un traje de chaqueta negro. Sencillo. Cumplió escrupulosamente la voluntad de Johannes.

A mi padre lo vi por última vez en un lugar frío. Lo saludé. A mi lado estaba la señorita Gerda. Yo dependía de ella en todo. No sabía qué hay que hacer cuando una persona muere. Ella conocía con precisión cada formalidad. Es eficiente, silenciosa, de una tristeza tímida. Avanza como un hacha por los meandros del luto. Sabe escoger, no duda. Fue muy diligente. Ni siquiera se me permitió estar un poco triste. Ella se había apropiado de la tristeza. Se la habría dado de todas formas, la tristeza. A mí ya no me quedaba nada.

Le digo que me gustaría quedarme un momento a solas. Unos minutos. La cámara estaba helada. En aquellos pocos minutos metí el clavo en el bolsillo del traje gris de Johannes. No quería mirarlo. Su rostro permanece en mi mente, en mis

ojos. No necesito mirarlo. En cambio hice lo contrario. Me fijé bastante bien para ver y averiguar así si había en él señales de sufrimiento. Y me equivoqué. Porque, al observarlo con tanta atención, su rostro se me escapó. He olvidado su fisonomía, el verdadero rostro, el de siempre.

La señorita Gerda ha venido a buscarme. Intento besar a Johannes en la frente. La señorita hace un gesto de repulsión. Me lo impide. Ha sido un deseo tan repentino, esta mañana, eso de querer las cenizas de Johannes. Ahora se ha desvanecido.

A mi padre lo conocía poco. Una vez, durante las vacaciones de Pascua, me llevó consigo a un crucero. El barco estaba atracado en Venecia. Se llamaba *Proleterka. Proletaria*. Durante años, el motivo de nuestros encuentros fue una procesión. Participábamos los dos. Habíamos desfilado juntos por las calles de la ciudad del lago. Él con un tricornio en la cabeza. Yo con el traje típico, el *Tracht*, y la cofia negra ribeteada de encaje blanco. Los zapatos de charol negro con la hebilla de gorgorán. El delantal de seda sobre el vestido rojo, un color tras el que acechaba un violeta oscuro. Y el corpiño de seda adamascada. En una plaza, sobre un rimero de maderas, ardía un muñeco. El *Böögg*. Hombres a caballo galopan en círculo alrededor del fuego. Redoblan los tambores. Se alzan los estandartes. Despedían el invierno. A mí me parecía estar des-

pidiendo algo que no había tenido nunca. Me atraían las llamas. Ocurrió hace mucho tiempo.

Mi padre, Johannes H., formaba parte de una hermandad, una *Zunft*. Había ingresado de estudiante. Había escrito un informe titulado *Qué ha hecho y qué hubiera podido hacer la Hermandad durante la guerra*. La hermandad a la que pertenecía Johannes se fundó en 1336.

La noche anterior se celebró el baile para los niños. Una gran sala abarrotada de trajes típicos y de risas. Deseaba que todo se acabara. Quizás Johannes también. No me gustaban los bailes. Y quería despojarme del traje. La primera vez que participé en la procesión (aún no iba a la escuela) me metieron en un palanquín azul turquesa. Por la ventanilla saludaba a los niños que contemplaban la procesión desde la acera. Cuando los portadores me posaron en el suelo, abrí la portezuela y me marché. No tenía pensado escapar. No era rebelión, sino puro instinto. Una atracción por lo desconocido. Vagué por la ciudad horas y horas. Hasta el agotamiento. Me encontró la policía. Y me entregaron a mi legítimo propietario, Johannes. Fue una lástima. Dadas las circunstancias, una relación más profunda entre padre e hija era una posibilidad muy remota. Observar y callar.

Los dos caminan en la procesión. No se cruzan ni una palabra. Al padre le cuesta mantener el paso al ritmo de las marchas musicales. Dos sombras, una se mueve lentamente, con un visible esfuerzo. La otra es más inquieta. Avanzan en filas de cuatro. Junto a ellos una pareja, el hombre lleva uniforme militar, la mujer, el traje típico. Siguen el paso, avanzan majestuosos, altivos, erguidas las cabezas. De noche, a veces, con los párpados cerrados, vuelvo a ver cómo arde el muñeco. El redoble de los tambores cada vez más marcial, con un sonido ulterior. Al cabo de dos días, dejaba a Johannes en una habitación de hotel. Mi visita había tocado a su fin.

El *Proleterka* había sido fletado por algunos señores que pertenecían a la misma hermandad que Johannes. Los que en el mes de abril desfilaban por la ciudad. Serían nuestros compañeros de viaje. Partimos, mi padre y yo, en tren hacia Venecia. El vagón se hallaba vacío. Desde ese momento estaría con Johannes, mi padre. Aún no ha cumplido los setenta. Cabello blanco, liso, con raya en medio. Ojos claros y fríos, innaturales. Como una

fábula infantil del hielo. Ojos invernales. Se entrevé un fulgor de capricho romántico. Iris verdes y descoloridos, lípidos, hasta el punto de infundir temor. Casi les falta la consistencia de una mirada. Como si se tratara de una anomalía genética. Johannes tenía un gemelo con unos ojos semejantes. Los ojos del gemelo a menudo permanecían ocultos tras los párpados. Se pasaba horas en un jardín. En una silla de ruedas. Lograba decir: «*Es ist kalt*», hace frío. En un tono en el que se unían la conciencia de una imposición divina y la mera constatación terrenal de que el frío es transitorio. Así era su enfermedad. En aquella época la llamaban la enfermedad del sueño.

En el compartimiento, Johannes lee el periódico. Lee largo y tendido. Tal vez no sepa qué decirme. Observo los dedos que sostienen el periódico, y los zapatos. Busco un tema de conversación. No lo encuentro. Pienso en la palabra *Proleterka*, el nombre del barco yugoslavo. Hay nombres de barcos más bonitos. Como *Indómito*, donde colgaron a Billy Budd. ¿Os acordáis de la visita del capellán al marinero encadenado para insinuarle la idea de

la muerte? Las últimas palabras de Billy Budd fueron: «¡Dios bendiga al capitán Vere!». Bendice a quien ha dado la orden de que lo ejecuten. Bendecía al verdugo. Quisiera hablaros de Billy Budd en lugar de contar esta breve historia izada en un pendón, que oscila con el viento en contra a merced de la nada. Billy Budd, veo su figura mientras discurre el paisaje, mientras discurren las horas en compañía de Johannes. No se sabía quién era el padre de Billy Budd, ni su lugar de nacimiento. Lo encontraron en una hermosa cesta forrada de seda. Conozco a Billy Budd mucho más que a mi padre. «Ya hemos llegado», dice Johannes. No llevamos equipaje. Está en el barco. El *Proleterka*.

Padre e hija toman el *vaporetto* hasta la plaza de San Marcos. La hija mira siempre hacia delante, quiere ver el barco. Venecia aparece y desaparece. Caminan por la Riva degli Schiavoni. Ella se impacienta. Johannes anda despacio. Tiene un defecto en el pie. Lleva unos zapatos que le llegan hasta el tobillo.

Yo pensaba que había nacido así. Y que siempre tuvo dificultades para caminar. En cambio, fue a causa de un carcinoma. Lo leí en el álbum que se suele regalar cuando nace un niño. Allí se registran los primeros años de vida, los prime-

ros meses, casi día a día. Cuando contaba dieciocho meses, Johannes anota que su hija fue a verlo al hospital. Si quiere alguna información sobre sus primeros años de vida, ella no tiene más que hojear el álbum. Es una prueba. Es la confirmación de una existencia. Lacónico, Johannes apuntaba lo que hacía la hija, adónde la llevaron, su estado de salud. Frases breves, sin comentarios. Como respuestas a un cuestionario. No hay impresiones, sentimientos. La vida se halla simplificada, como si no existiera. Johannes anota: la hija no ha llorado nunca. No ha tenido momentos de rebeldía, se comporta correctamente. Una infancia correcta. Todo queda en la superficie. Sobre sí mismo, Johannes, dos anotaciones personales. Un infarto leve y el carcinoma. Cuando la hija tiene dos años, anota Johannes, el abuelo (del abuelo escribe el nombre y el apellido) muere. En la incineración, muchos amigos. La hija se muestra amable y lo descubre todo. Johannes no escribe «entiende», sino «descubre». Así pues, el hombre observaba a su hija. A los dos años, según Johannes, la hija descubre qué significa morir. Debe de haberse mostrado realmente amable y bien educada, aquella niña, con ocasión de la muerte del abuelo. Quizás Johannes ya pensaba entonces en su pro-

pia muerte y esperaba que la niña fuese amable con todos. Que fuera amable con el mundo. Con el dolor. Cuando aún era pequeña, tuvo que separarse de Johannes. Los niños se desinteresan de los padres cuando se los abandona. No son sentimentales. Son pasionales y fríos. En cierto modo algunos abandonan los afectos, los sentimientos, como si fueran cosas. Con determinación, sin tristeza. Se vuelven extraños. A veces enemigos. Ya no son ellos los seres abandonados, sino quienes se baten mentalmente en retirada. Y se marchan. Hacia un mundo oscuro, fantástico y miserable. Y, sin embargo, a veces simulan felicidad. Como un ejercicio de funámbulos. Los padres no son necesarios. Hay pocas cosas necesarias. Algunos niños se las arreglan solos. El corazón, cristal incorruptible. Aprenden a fingir. Y el fingimiento se convierte en la parte más activa, más real, tan atractiva como los sueños. Ocupa el lugar de lo que consideramos verdadero. Quizás sea solo eso: algunos niños tienen el don del desapego.

Padre e hija están delante del barco. Parece un buque militar. Brilla la estrella roja en lo alto de

la chimenea. Miro enseguida la inscripción *Proleterka*. Ennegrecida, con manchas de herrumbre, olvidada. Una inscripción regia. Es la hora en que declina el día. El buque es grande, oculta el sol que está a punto de caer al agua. Es oscuro: pez y misterio. Se ha salvado de la intemperie, de los naufragios, un barco pirata construido como una fortaleza. Subimos la escalerilla. Los oficiales nos esperan. Somos los últimos. A Johannes le cuesta subir, un oficial le ayuda. Nos muestran el camarote. Pequeño. Allí dormiría con Johannes. Las dos camas, una sobre la otra. Tendré que dormir arriba. El *Proleterka* zarpa a las dieciocho horas. Dulcemente, se desliza sobre el agua. Un sonido bronco precede a la partida. Un sonido de adiós. No se puede volver atrás. Miro desde la portilla. Me pregunto cómo me las arreglaría para salir, para entrar en el mar, si quisiera marcharme como Martin Eden.

Me cambio. Dentro de una hora, en el comedor. Los pasajeros miran en cubierta la puesta de sol. No se lo pueden perder. También Johannes mira la puesta de sol. Ahora ya no ilumina nada.

Reina la oscuridad, el viaje comienza. A la primera puesta de sol seguirán otras, durante catorce días. Los de la hermandad están convencidos de haberlo organizado todo de la mejor manera posible. Incluso las condiciones meteorológicas. Un marinero invita a los señores a entrar en el comedor. Uno tras otro, casi en silencio, los pasajeros en fila. Mi padre y yo somos otra vez los últimos. Nuestra mesa se encuentra en un rincón. Johannes lee el menú, elige el vino. Saluda a sus amigos, yo les sonrío con la boca cerrada. Calor húmedo. Navegamos tranquilos. La lámpara de cristal se balancea levemente. Como un péndulo quieto, movido por la inercia. Johannes viste de oscuro. Impecable. Casi no nos hemos dirigido la palabra. Las señoras llevan trajes de noche, algún que otro escote discreto. En la sala hay un vaivén continuo, lento, persistente. Un tranquilo ritmo maligno. Como si las olas del mar tararearan una cantinela antes de atronar a los pasajeros. La lámpara se balancea aún más. Proyecta su luz sobre los pasajeros y después los deja en la sombra para regresar todavía más deprisa. La sala sube y baja. Las flores que hay sobre la mesa se mueven a intervalos irregulares. Resbalan y después vuelven a su sitio. Johannes distraído, ausente, en otra parte. De pos-

tre, tiramisú. En la sobremesa, el mar se encrespa. Le pido permiso a Johannes para levantarme de la mesa. Fuera, un viento rabioso. Se mueven sombras frenéticamente. Son los marineros. Respiro la sublime soledad nocturna. La intemperie. Y el peligro. No pienso en Johannes. En ofrecerle el brazo y ayudarlo. En ese momento nada cuenta.

No puedo permanecer en pie. A los pocos minutos, un marinero me agarra y me empuja hacia el camarote. La tripulación había ordenado a todos los pasajeros que permanecieran en el camarote. Les ha dado tiempo a acabarse el tiramisú.

El *Proleterka* ha cambiado de rumbo. Se dirige hacia Zara. Un marinero, quizás el mismo que me agarró para empujarme al camarote, ha resultado herido de gravedad durante la noche. A la mañana siguiente estaba sobre una camilla. Acaricio su rostro, le aprieto la mano. Bajan la camilla hasta una lancha de vigilancia. Yo también quisiera abandonar el barco. El comandante hace el saludo militar.

Los pasajeros se encuentran bien. Estamos desayunando en el comedor. Dos días de navega-

ción antes de llegar a Grecia. Hoy todo está tranquilo. No veo a Johannes, es como si hubiera desaparecido. Como la tempestad. Algunos pasajeros están tumbados en las *chaises longues*. Yo también. No pienso en nada. La nada es materia de pensamiento. Seres, voces autónomas, memorias desenterradas acompañan el chapotear del agua. La nada no está vacía. Como de las garras de un predador en vuelo, los pensamientos caen en nuestra mente cuando tenemos la certeza de no estar pensando. Aparece Johannes. Una sonrisa benévola y triste. Pregunta si estoy bien, si estoy *zufrieden*. Como si fuera nuestra obsesión, de padre e hija. La de no estar tristes, la de esconder la tristeza que nos ha marcado sin motivo. Para él este viaje es importante. Antes de partir, había pensado que el destino me resultaba indiferente. El viaje a Grecia formaba parte de mi educación. Es nuestro primer viaje, y parece el último. Johannes, la persona para mí desconocida aunque resulte inverosímil. Mi padre. Ni una confidencia. Sin embargo, un vínculo anterior a nuestras existencias. Un conocimiento en la más absoluta ajenezidad.

A la hora de costumbre estamos en el comedor. He bajado al camarote para cambiarme. Tengo

pocos vestidos, casi todos iguales. ¿Se desnuda Johannes antes de acostarse? No le he visto nunca en bañador. Jamás le he visto las piernas. Ha pasado una noche, no me he dado cuenta de su presencia. La abolición del cuerpo. Es el segundo día y todo se repite. Johannes saluda a sus amigos. Yo también saludo. Johannes me ha introducido siendo solo una niña en el círculo de sus amigos. Ellos han criticado a la hija única del amigo. A veces los niños tienen una noción intuitiva del estatus social. De las apariencias. De si se es bien aceptado o no. Yo no era bien aceptada, pero ellos eran los amigos de mi padre. Johannes, en cierto sentido, a pesar de ser un solitario, formaba parte de su mundo. No así su hija. Mi padre, Johannes, pertenecía a ese mundo por nacimiento, por condición social. El amigo de mi padre y su familia han sido mis jueces en la infancia. Y su casa. Y las ventanas. Los objetos. Los objetos, los jueces. Su casa de gente rica. Tal vez yo no sentía simpatía por aquellos ricos que nos invitaban a mi padre y a mí a sus casas. Saben que mi padre ha sido rico como ellos. Yo sabía que Johannes había sido rico. Como ellos. Ahora ya no. Ellos son sencillos, campechanos, lo cual constituye una manera de ser cuando se tiene todo. Se es indulgente. De una

indulgencia mordaz. Eso pensaba cuando los observaba de niña. Observar y guardar silencio. La hija de Johannes no era sencilla, ni indulgente, ni campechana. No secundaba la sencillez autoritaria, la afabilidad proterva del gran amigo de su padre. «Con todos esos marineros, deberás vigilarla.» El amigo de mi padre mira por encima de sus gafas de media luna enmarcadas en oro. Examina a la hija de su amigo. Tiene el cabello blanco, abundante, lustroso. El aspecto de un patrón dispuesto a escuchar, no a otorgar. El rostro enrojecido. La mujer se priva de todo, hasta de sí misma. Ha roído su cuerpo, por lo que muestra unos dientes afilados. Es enjuta, puritana y flageladora. Ha sido la primera persona en observar a la hija de Johannes con la lente del desprecio. Es inconmensurablemente atenta. El cabello recogido en un coágulo, un moño en la nuca. Los ojos empañados de una caridad rapaz. Siempre amable. Quien nos condena es comprensivo. Como ella. Comprende a los pecadores. Una furia salvaje contra los pecadores, contenida, sin explosiones y sin remisión. Comprensión muy dolorosa. Se siente ultrajada por los males de la humanidad. Y encarna el ultraje con un vanaglorioso recato. Con el tono de voz del mal agüero, del lamento y de la

aceptación. A Johannes, un hombre tan solo y anciano, que manifiesta su alegría por tener una hija, le notifica que esa alegría es una mera ilusión. Esa alegría es peligrosa, debe ser extirpada. La alegría debe transmutarse en sufrimiento. Ella siente piedad por Johannes. La hija, mientras están en su casa, dice: «Vámonos».

Los señores amigos de mi padre también son coleccionistas. Cuando nos invitaban a comer, la mujer se sentaba a la cabecera de la mesa, junto a la pared, debajo de un cuadro. Entrelaza las manos, los párpados cerrados, murmura. La hija de Johannes no reza. No doy las gracias al Señor por los alimentos que él y ella nos dan. No te doy las gracias, digo mentalmente. Antes de empezar la comida de los justos, el rostro de la mujer se empaña de estulticia. Esta es su oración. La mujer da las gracias al Señor con una expresión lóbrega y rígida. Acercándose al Señor se le hiela la sangre, la palidez le fluye por el rostro. Como si el agradecimiento fuera un pedir perdón, un *mea culpa* si hay algo que comer.

Yo esperaba, cada vez, el momento en que ella daba las gracias con las manos entrelazadas. Saboreo todos sus gestos. Y después del postre, esperaba a que ella volviera a dar las gracias al Señor.

Acto seguido, pasamos al salón. Más cuadros. Los coleccionistas tienen cuadros por todas partes. No dejan respirar a las paredes. Butacas. Vistas sobre el lago. Vistas sobre el prado. Los dos amigos charlan. Uno ríe, el otro menos. Cuando pasa la doncella española, Johannes le da propina. Era costumbre. Y almendras garrapiñadas para la señora. «No le lles nada», le digo a Johannes. El amigo, cuando se dirige a mi padre, lo hace con un nombre que parece húngaro. Cuando quise llamar a mi padre por ese nombre, me dijo que no lo hiciera. Quizás solo su amigo tiene derecho a llamarlo así. Desde cuando eran estudiantes. Una cosa de iniciados. También el amigo tenía un nombre, que guardaba relación con su fábrica. Johannes ya no tenía fábrica y, en consecuencia, solo conservaba un apodo. El de quien ya no posee nada. Acaso una hija, que no es un patrimonio. Johannes y yo ya no poseíamos nada. El mejor amigo lo sabe. Su esposa: El Señor nos ha dado, el Señor nos ha quitado. No a ellos. Me di cuenta de ello con cierta precisión cuando me confiaron a una señora que aceptó acogerme.